

BORROSAS INSTANTANEAS

El Tiempo, con su mano de niebla, mezcla tiempos, lugares, situaciones. Los límites, ayer claros, parecen ahora difusos, discontinuos. La memoria, «ciega abeja de amargura», es caprichosa y esquiva para lo cotidiano. Guarda las imágenes, pero no intactas, por los intersticios, o filtrándose a través de sus tenues paredes, escapan detalles, precisiones; escapa, desde luego, el sabor de lo ordinario, de lo frecuente y repetido, de los días que van superponiéndose, fundiéndose, hasta convertirse en esa masa de olvido de que emergen, súbitamente, no solicitadas, horas sin cifra, fechas aproximadas, y en ellas un rostro, rostros, algún gesto, tal frase mutilada, equívoca, o por milagro preservada intacta.

Por eso la tentativa de reconstruir lo pasado en su continuidad, en su monotonía, en sus repeticiones y fluctuaciones, se convierte en esfuerzo imaginativo: tal reconstrucción ha de ser forzosamente creación, invención de tantas cosas como el tiempo dejó perder o deshilachó y son hoy jirones que apenas nos recuerdan la forma del ayer. Si hemos de ser fieles a la verdad, mejor será renunciar a la continuidad y enfrentarse con la fragmentación de la memoria, sin disimularla ni atenuarla: presentando, según quería don Antonio, los olvidos como residuo sustancial del recuerdo. Y eso he querido hacer ahora, pensando en Luis Rosales, y pensando en él desde el día remoto en que nos conocimos, Madrid, 1935, hasta nuestro encuentro de hace semanas en el helado diciembre de Chicago, 1971.

Y nunca le veo solo: no logro verlo solo cuando lo pienso desde este Austin tejano, donde la primavera apunta, mediado febrero, y el campo huele a Guadarrama. Por eso los momentos de que hablo son como fotos de grupo, en las que Luis está con amigos, entre amigos. Y por la traición del tiempo que las hace inseguras, a estas rememoraciones sucintas no me atrevo a llamarlas «recuerdos»: apenas, apenas; borrosas instantáneas.

1935. Una tarde, en el Café Lyon, frente a Correos, Juan Panero entra con un muchacho andaluz, grandes gafas de concha, ojos claros, pelo en ondas, ceceo pronunciado. Es poeta y estudia Letras con Salinas, con Montesinos. Habla mucho, de poesía sobre todo; sus juicios son rápidos, tajantes: «En Francia no hay poesía.» ¡Diablos! ¿Y Hugo, Baudelaire, Rimbaud...? Louis Parrot se escandaliza, como de una blasfemia. ¿No lo es? La conversación sigue. Luis, impertérrito

to. Pues se llama Luis, y se apellida Rosales. Luis Rosales, ¡qué bonito nombre para un poeta! (o para un torero). Juan es ya un converso: lee a Fernando de Herrera, lectura que, según Luis, se impone. Más: Luis es granadino y es católico; lo primero no choca, lo segundo —en aquel medio— sí. Calle Alcalá arriba, Juan chicolea a una morenucha que pasa, luego a una chatilla, más tarde, medio en coña, a una gordales apetitosa que le mira y menea las caderas con garbo. «Toma del frasco, Carrasco.» Luis habla, sigue hablando; se para y habla; pasea y habla. Los temas flotan en la palabra, se sumergen, reaparecen: Zubiri, Juan Ramón, Ortega, la poesía que no cambia, la poesía que cambia sin cesar. Velocidad: trescientos metros por hora. Cruce de Alcalá y Príncipe de Vergara. Despedida. No, no: te acompañamos: Alcalá a Goya, una hora, hora y media y tres cañas en el Café Príncipe. Son las diez y pico.

Marzo 1936. Se titula *Abril*. No podría ser de otra manera. En la dedicatoria escribe para Luisa y para mí un verso de Virgilio. (Luis Felipe y Luis están traduciendo al poeta latino. En *Cruz y Raya* aparecen fragmentos de esta traducción.) Luis, seguro de sí, contagioso. «Jarnés no tiene interés», dice, medio en broma. «Leopoldo, no más 'Nucas de río', basta de bromas.» Luis Felipe lee a Claudel; Luis, no: poesía española del xvi, del xvii. Salinas ha dicho en clase que Espronceda es un gran poeta y que es preciso leerlo. Salinas, poeta y amigo. (Leopoldo prefiere a Guillén; durante meses leyó *Cántico* todas las noches.) En la tertulia del Lyon se detienen al pasar, camino de *La ballena alegre*, Miguel Pérez Ferrero, y a veces Federico. Así le llaman. Los apellidos han desaparecido, salvo para Waldo Rico, quizá porque es socialista y prefiere la política a la poesía. «El frente popular es la solución»; lo mismo piensa Juan. No Luis. Pese a Bergamín, su editor y amigo; pese a *Cruz y Raya*, sigue declarándose independiente. Su liberalismo no lo declara; lo practica. Hace frío. Las paredes, cubiertas de carteles electorales, de inscripciones, de consignas. En Recoletos, sobre la piedra, en grandes letras negras: «Libertad a Thelman.»

1936, primavera. Con Juan y Luis Felipe en casa de Altolaguirre. Sus *Cantos* respectivos han aparecido en la colección *Héroe*, publicados por el poeta impresor. Yo, que estoy escribiendo artículos de crítica para el *Heraldo*, pienso comentar esos libros, como ya lo hice con *Abril*. Altolaguirre es para todos Manolito. Y se comprende: juvenil, abierto, simpático, vestido con mono azul; a su lado Concha Méndez, mujer y asociada, y junto al cuarto de estar la pequeña imprenta artesana. Luis no está: espera en una tabernilla, calle de Arlabán, creo. No espera solo: le acompaña Eugenio Imaz. Tema: el cante.

Cantan: Luis, canciones andaluzas populares, de las que Federico ha resucitado; Imaz (Imaz es Imaz; no Eugenio), zortzicos, en vasco; traduce: «el amante piensa en su amada, al otro lado de la ría (del Bidasoa); una paloma lleva sus mensajes». Más canciones: «anda ja-leo...», por ejemplo. Luis Felipe, delgadísimo, peinadoísimo, se pierde en un silencio continuado, sin fisuras.

17 de julio de 1936. Luis Felipe y yo, en la terraza del Negresco. Miguel Pérez Ferrero llega de la redacción del *Heraldo* agitadoísimo: el Ejército se ha sublevado en Marruecos. La cosa es extremadamente grave. El Gobierno está reunido en sesión permanente desde esta mañana. Con los de Asalto se puede contar, pero ¿qué hará la Guardia Civil? Miguel marcha, nervioso, preocupado, recordándonos: Federico marchó ayer a Granada. Allí está Luis, también. Juan y Leopoldo, en Astorga. Manolo Gil, en Teruel. Súbitamente Luis Felipe y yo nos sentimos más cercanos, más amigos, más necesarios el uno para el otro. Y bajamos por Cibeles y Recoletos hacia Goya. Las gentes de cada día parecen otras y la tarde, casi noche, espesa aún de calor, nos rodea. Los automóviles corren veloces, van y vienen, y dentro de la calma crecen la inquietud, el temor, la tristeza...

Otoño 1939. Café Lyon otra vez. La tertulia no es la misma, Luis tampoco, ni Luis Felipe, más «caballero del Greco» que nunca. ¡Cuántas bajas! Juan ha muerto. Waldo Rico, desaparecido. ¿Muerto también en Asturias? Federico, desgraciadamente, no volverá a cruzar el café, a detenerse un momento, sonriente; tampoco Miguel, exiliado en París. A Luis le acompaña un amigo granadino, Enrique Frax, novio de Esperanza Rosales; Esperancita, la última en decir adiós a Federico cuando marchó al encuentro de la muerte. Luis (como Esperanza, otro día) cuenta la detención del poeta y los rápidos pasos con que se le llevó hasta el final. Pasión intensa y acelerada cuya narración no es posible escuchar sin horror. Oigo por vez primera el nombre de Dionisio y el de Pedro. Dionisio es Dionisio Ridruejo; Pedro es Pedro Laín Entralgo, poeta el uno, ensayista el otro.

Invierno 1939. La tertulia de los jóvenes—más o menos; Luis Felipe y yo cumplimos treinta años el pasado. Leopoldo los cumplió en octubre—se ha fundido y confundido con la de los viejos, antes sentados en la mesa inmediata, y don Manuel (Machado) preside las dos. Las edades no cuentan, ni se guardan precedencias, salvo para don Manuel, siempre en el centro. La guerra, la otra, va que arde, vuela: es el *blitzkrieg*. ¿Quién puede parar a Alemania? José María de Cossío teoriza de política: socialismo y comunismo, todo es igual. Luis se escandaliza, quiere razonar, argüir, pero José María sigue en sus trece. Miguel (Hernández) está preso. ¿Por qué está preso Mi-

guel? Ha sido comisario político, y esa explicación basta. Alguien dice: «el estúpido siglo XIX», y don Manuel: «pues éste, por lo que vamos viendo...».

Primavera 1940. Alemania está a punto de vencer. Me alegro, declara don Antonio de Zayas, inseparable de don Manuel, que le llama Duque (es Duque de Amalfi). Los ingleses le joroban. (El lo dice, «me joroban».) Y a punto de abstraerse en el diario soporcito, declara con pintoresco extremismo su aversión al whisky. Luis y don Manuel pasan del cante flamenco a la Academia Española. El maestro Barrios ha puesto música a *La Lola se va a los puertos*. Pemán es director de la Academia. Esto último merece un soneto. Y a verso por barba, salvo Luis, que escribe dos, el soneto sale bordado, con algún ripio que lo mejora. «Los españoles son todos germanófilos», dice Sifauer. «Yo, no», objeta Leopoldo. «Ni yo, ni yo, ni yo...» Sifauer y su mujer, una morena luxemburguesa muy linda, miran incrédulos. ¡Qué broma! ¡Anglófilos a estas alturas!

Otoño 1940. Oficinas de la revista *Escorial*. El director es Dionisio; Luis, secretario. El despacho de Luis, centro de la tertulia. Dionisio, menudo, jovencísimo, facciones atractivas, moreno, afable; más: cordial. La casa es acogedora: no hay nosotros y vosotros, sino escritores. Dionisio, como don Manuel, que para eso ha fundado la academia *Musa Musae*, buscan la reconciliación. No se contentan con la victoria: quieren la paz. Luis escribe poesía y la lee, nos la lee. La prosa, también. Por su despacho van desfilando viejos y nuevos escritores. Un discípulo de Eugenio d'Ors, por ejemplo, que resulta llamarse José Luis Aranguren. Un jonsista, Emiliano Aguado, que, pese a la pobreza de su vista, parece haberlo leído todo. Luis, acogedor, amistoso. Con todos, incluso con los pelmas. ¡Y qué pelmas, pegadizos, grafomaníacos, obtusos! Tan aptos para un soneto como para un sainete. En el gran salón hay un concierto: Dionisio presenta al músico: muy elegante, traje gris, corbata azul (creo) y los puños de la camisa mostrándose generosamente al accionar. Dos tipos algo toscos entran en la sala: mueven las sillas, hacen ruido, pisan a alguien, se hacen reproches en voz alta, atención general, se sientan, bufan, resoplan: son don José Gutiérrez Solana y su *alter ego* y hermano, Manuel.

Mayo 1940. Altamirano, 34, Madrid. Luis tiene piso, grande, amplio. Pocos muebles, muchos libros, vino peleón, pero excelente. Pepe Escassi y Alfonso Moreno se dan de alta a diario, y Enrique, y Primitivo de la Quintana. Hablando de no sé quién, dice Luis: «Ese no se sabe sus libros. Unos autores se saben sus libros y otros no.» El piojo verde se ha hecho el amo. Primitivo que no sólo es médico,